

## LIBROS

### «Paperbacks» a la española

«Es una de las empresas más vigorosas y eficaces para que el número de lectores vaya aproximándose cada vez más al de los hablantes», ha escrito Lain Entralgo refiriéndose a la Colección Austral.

Aunque la aproximación



Austral número 1.500 y Libro de Bolsillo (Alianza Editorial), número 400.

(salvo epidemia de mudéz en contrario) no se barrunte por sitio alguno, no hay dudas de que la Colección Austral, junto a su madre la Universal, ha hecho mucho por llegar a ella. Durante medio siglo, los pequeños volúmenes de la Universal —amarillos, primero; grises y de otros colores luego— y los lomos azules, verdes y grises de la Austral ejercían un dominio casi absoluto en los anaqueles estudiantiles.

Fue la Colección Universal una consecuencia indirecta de la Gran Guerra, que trajo en la época de Verdún pleno empleo a las industrias españolas y en la etapa pacificadora de Versalles fuertes problemas de sobreproducción. Una de esas industrias fue la Papelera Española, fundada en 1901, que por idea de su accionista don Nicolás Ma-

ria de Urgoiti halló la inteligente solución de crear otras industrias que absorbieran los excedentes. Y así salió «El Sol», con el gallo madrugador de su cabecera, y se fundaron editoriales nuevas: Gráficas Reunidas y Calpe (Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones), que editó la Colección Universal y puso casa en la Gran Vía, para que el árbol transformado en libro llegara directamente desde Guipúzcoa al consumidor.

Dirigió la Universal don Manuel García Morente (civil aún), que formaba también parte del equipo de traductores, con nombres como los de Ortega, Américo Castro, Félix Lorenzo o Luis Bello. El fondo editorial abarcaba una larga teoría de autores: Wilde,



Malibrán, Paulina García Viardot, Rosalía de Castro). Editada con especial esmero, tiene más de trescientas páginas e ilustraciones en negro y color. Si lo primero no es novedad en Austral (la reedición del «Tartessos», de Schulten, figura con los clásicos mapas del general Lammerer y del doctor Jensen), sí lo son estas láminas a todo color.

No es sólo el número de títulos uno de los logros de Austral, sino también el de ejemplares. Del «Quijote» se han vendido casi un millón (985.000, exactamente) en veinticuatro ediciones. Trece llevan las poesías de Machado, con medio millón de ejemplares; puede afirmarse que gracias a este libro conocieron al poeta los españoles de posguerra (estos fueron los años de sus primeras ediciones: 1940, 1943, 1946, 1949 y 1952), conocimiento que completaría más tarde con la edición de Losada. El «Lazarillo» va por cerca del medio millón; por los tres cuartos el «Poema del Cid», y el ensayo iniciador de Ortega, por el cuarto.

### LOS CUATROCIENTOS DE ALIANZA

Con Ortega también («Unas lecciones de Metafísica») se inició Alianza Editorial, que llega ahora con su colección «El libro de bolsillo» al número cuatrocientos («La familia de León Roch», de Galdós). Familiar —también— de otro gran empeño cultural contemporáneo de aquellos de Papelera Española (Revista de Occidente»), Alianza ha traído al libro de bolsillo español varios logros importantes. En primer lugar, el de la propia colección, concebida con gran modernidad, y en segundo lugar, el de servir de catalizador para el surgimiento de una pléyade de colecciones de bolsillo en otras editoriales. Alianza ha sabido llevar sus libros fuera de España, y las extraordinarias portadas de Daniel Gil lucen en los escaparates de las librerías sudamericanas. ■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

### Carlos Píera o la continua conjetura

Tras permitir la elaboración de conjeturas diversas sobre su persona (unas le

situaban en Nueva York, en un Congreso inacabable de Lingüística, otras le colocaban en ruta hacia el Sur, a emprender otra vez lo de Villa), Carlos Píera —que suele pasear por el foro abrigando con astrosa bufanda una sedicente afección rinofaríngea— otea posibilidades con una entrega poética bajo el sello de Visor (1).

La poética de Píera parece obedecer a la decidida voluntad de afrontar una situación desolada ante la cual es preciso mantener inactivo, incólume, algún punto o rincón del espíritu, y esto, colocando a raya siempre a la bestia loca del patetismo: las antiguas actitudes prosopopéicamente heroicas se han visto, al cabo, reducidas a un marco referencial para una retórica de orates. El siglo juega así sus descortes y a uno no le queda otra cosa que mantenerse despierto y avizor.

Uno de los materiales utilizados por Píera en sus composiciones es la historia, la historia sustentada por el paisaje, como el gesto de una imagen que no remite a cosa alguna fuera de ella misma... como entender/esta naturaleza de mi especie, el saber hacer casas, y entonces / no tener casa nunca, sino apenas saberes. («De nuestros movimientos naturales»). Ante esa actitud, que uno considera encomiable, el acontecimiento del que más pueden enorgullecerse algunos no pasara de miniatura en la consideración de las subterráneas corrientes de pasiones, motivos y sucesos, quizá nimios, que provocaron aquel desencadenamiento del que la historia guarda un precario testimonio. En los poemas de Carlos Píera, la arrogancia que subraya los gestos grandilocuentes es tratada siempre con una piedad no exenta de cinismo —un cinismo que nada tiene que ver con el descaro o la deshonestidad, sino más bien con la ternura del que admirando el ademán, no puede admitir su última rúbrica—.

La clave de la filosofía de Píera se podría rastrear en el poema de Lucrecio Sobre la naturaleza de las cosas o en el saber que se desprende del Sermón de ser y no ser, de García Cal-

vo. Es la sabiduría de aquel que no considera penetrado aquello de lo que, en última instancia, sólo se tiene conciencia a través, precisamente, de la turbación que provoca en el espíritu su postreña impenetrabilidad. Es también el último gesto de la voluntad intelectual por rechazar las consecuencias que el racionalismo en paro propicia: la impotencia del conocimiento abstracto y la corrupción del, específico o concreto. Y si la poesía es conocimiento de las cosas y aproximación a sus veladas relaciones, el libro de Píera merece una buena calificación.

En cuanto a influencia literaria o poética propiamente dicha, hay una que está muy clara: el espíritu de Constantino Cavafis (o su talante, al menos) campea y cruje en muchos de los versos de este libro. Se percibe asimismo algún hábito de la moral del magnífico funcionario de Riegos en Alejandría, de esa moral que es más bien ética, por cuanto atiende, más que a consignas, al propio respeto del alma hacia sí misma. ■ CHAMORRO.

### Filosofía y superstición

La lección inaugural de Maurice Merleau-Ponty en el College de France (1953) consistió en la formulación de un brillante y tal vez un poco retórico «Elogio de la filosofía». Algunos años más tarde, en 1962, Theodor W. Adorno publicaba un breve ensayo titulado «Justificación de la filosofía». ¿Qué puntos de contacto podía haber entre el fenomenólogo francés y el más representativo filósofo de la Escuela de Frankfurt? En primer lugar, la preocupación de ambos pensadores por establecer de forma resolutoria las relaciones existentes entre Historia y Filosofía. Y asimismo, la convicción de que, en nuestros días, la filosofía debía justificar de algún modo su propia razón de existir. Sin embargo, mientras Merleau-Ponty se nos mostraba como apologista —«Le philosophe est l'homme qui s'éveille et qui parle...», Adorno no ocultaba su «pesimismo profesional»: frente al provincianismo troglodita de los ontólogos, «debiera la filosofía acrisolarse como la conciencia más pro-

(1) Carlos Píera. Versos. Visor de Poesía. Alberto Corazón, edición 1972.